

DE LA COMEDIA AL ENTREMES.
APUNTES SOBRE LA EDICION DE OBRAS TEATRALES
EN EL SIGLO XVIII

por *François Lopez* (Universidad de Burdeos)

Dos vidas suele tener una obra escrita para el teatro, dos vidas que pueden ser breves o largas, dos vidas que a veces son paralelas pero que no siempre corren parejas. La primera, muy discontinua pero por espacio muy intensa, repentinamente luminosa como un fogonazo, es la que cobra dicha obra al ser representada en un escenario para un público. En esos momentos privilegiados, ante los oyentes y espectadores, viene a ser perfecta la adecuación entre la vocación del texto y lo que se está cumpliendo, la función. Discurre la otra vida en ámbitos distintos, fuera de los teatros, independientemente del rito colectivo de la representación. Mejor dicho: la representación en este caso es imaginaria, ya que el lector del texto de teatro se ve obligado a representarse la acción, a crearse un espacio mental por el que se muevan personajes que adquieran voz y corporeidad, individuándose, enfrentándose, aliándose o actuando con otros móviles siempre repetidos y siempre nuevos. Se ha dicho muchas veces que es la lectura un acto silencioso, pero sólo lo es para afuera. Para adentro todo es voz susurrada o clamorosa.

Cuando estas dos vidas se prolongan durante un siglo, varias centurias y aún más, se dice que el texto es un clásico, y no hay obra de teatro que llegue a ser de tal modo consagrada si no la van resucitando regularmente nuevas representaciones por una parte, y por otra parte nuevas reproducciones o reimpressiones.

Como lo indica el título de esta ponencia, trataré de aportar a este coloquio algunas cosas que he podido averiguar o que, de momento, tan sólo llego a vislumbrar acerca de la impresión y difusión de los textos de teatro en la España del siglo XVIII y principios del XIX.

Miseria de la edición española, del siglo XVII al XVIII

La industria española del libro, que nunca fue muy floreciente, se vio en la segunda mitad del siglo XVII en un estado de ruina y abandono que difícilmente se puede imaginar. Los textos que más beneficios hubiesen podido asegurar a los impresores, o solían encargarse a oficinas extranjeras (de Francia, de Italia, de Flandes), o estaban estancandos como bienes de manos muertas en ciertas instituciones religiosas (piénsese en la famosa cartilla de Valladolid, que era en Castilla el texto escolar fundamental). Ninguna política se puso en obra hasta la segunda mitad del siglo XVIII para proteger la tipografía española ni, mucho menos, para fomentarla.

Tal era la miseria de los talleres españoles que la impresión de una obra en varios espesos volúmenes en 4º, aunque fuese de un autor muy estimado, y por más que constara una suficiente demanda, planteaba graves problemas de financiación, a veces de imposible solución. Tomaré dos ejemplos para ilustrar dicha situación. Las obras de Calderón fueron el objeto durante todo el siglo XVIII de una demanda acuciosa. Sin embargo, no hay edición de conjunto de las comedias de este dramaturgo entre la de los nueve volúmenes de la edición de Vera Tassis y Villarroel, impresa en Madrid por Sanz en 1685-1691 (parcialmente reimpressa entre 1715 y 1726) y la que consta de diez volúmenes (once tomos) de Fernández de Apontes en 1760-1763. Es decir que en el espacio de un siglo y mucho más, sólo se imprimieron tres colecciones, dos de ellas « completas » según los criterios de la época. De Lope de Vega, no existe en el XVIII ninguna edición global de las veinticinco partes de comedias. Tampoco la hay de las cinco partes de comedias de Tirso de Molina, ni de las tres partes de Moreto.

Que Calderón, en la primera parte del XVIII, seguía privando, no sólo en Madrid sino en toda España, es un hecho abundantemente comprobable por las numerosísimas ediciones de co-

medias sueltas di dicho autor, y lo mismo cabe afirmar en cuanto a Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto y otras grandes figuras del llamado Teatro antiguo.

Un presupuesto de edición de las obras de Calderón

Ateniéndome al más famoso y estimado de todos los representantes del Teatro antiguo, voy a presentar un presupuesto de edición de los nueve tomos de sus obras, realizado en los años de 1760 a raíz de un curioso lance. Es tan intrincado el asunto que no puedo referirlo aquí por falta de tiempo. Sólo quiero, de momento, reproducir este documento, íntegra y literalmente:

« Los nueve tomos de comedias de Dn Pedro Calderón de la Barca tienen seiscientos y ochenta pliegos sobre los más o menos, y habiendo hecha regulación a cuánto subirá su costo de impresión y papel, tirando jornada de 1500 y de precio cada resma de 25 reales de vellón y el tirado de cada una de dichas jornadas a 45 reales, sube todo el dicho coste de los nueve tomos a 82500 reales de vellón poco más o menos; y quitando y resumiendo en los dichos nueve tomos, en cada uno, alguno o algunos pliegos de los principios, que no hacen al caso, podrá bajar su costo [*sic*] los dos mil y quinientos reales de vellón y quedan en ochenta mil el todo. Y regulando asimismo a cómo sale de costa cada libro en papel, según la cuenta formada, es la dicha costa de cada libro seis reales de vellón escasos, pues dando los dichos seis reales de vellón de costa a cada un libro, hacen los nueve tomos 54 reales de vellón, y por este precio cada uno de los dichos 1500 juegos importa la impresión 81 mil reales de vellón. Con que en esta inteligencia, añadiendo a la costa de impresión y papel la encuadernación a razón cada libro de real y medio, es todo su coste siete y medio [*aquí hay un error evidente del autor, ya que nueve volúmenes suponen, según su base de cálculo, trece reales y medio*] que sale el juego encuadernado a 67 reales de vellón ¹.

Hasta aquí el documento, que puede comentarse someramente del modo siguiente: para un modesto funcionario que, en aquella

¹ Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos, leg. 50.694.

época, ganaba 5000 reales al año, la adquisición de los nueve tomos de las obras de Calderón, que importaban unos sesenta y siete reales, podía representar un sacrificio, pero era asequible. Para un artesano, pongamos por caso un oficial carpintero, suponéndole capaz de leer muy corrientemente, sesenta reales equivalían a seis o siete días de trabajo y salario efectivo. Considero que para él, tal adquisición era imposible.

Para el impresor que pretendiese imprimir toda la colección, los caudales que había que reunir previamente, ochenta y un mil reales, correspondían a una inversión importantísima, a una cantidad de dinero que un pequeño funcionario como Ramón de la Cruz, oficial tercero a partir de 1759 de la Contaduría de penas de Cámara y gastos de Justicia, sólo podía ir cobrando en diez y seis años de trabajo. Durante decenios y decenios no hubo impresor español que pudiese reunir tan crecidos caudales para una sola impresión, aun sabiendo que los libros tendrían rápido y abundante despacho. Obsérvese que las tan buscadas y estimadas obras de Feijoo fueron el objeto de coediciones, colaborando en la primera colección completa del *Teatro crítico* dos impresores (de hecho, tres, contando aparte a los herederos del segundo, Francisco del Hierro), en la segunda tres tipógrafos, en la quinta y última nada menos que cinco.

Para satisfacer una demanda cuya importancia no podía escapársele a nadie, se recurrió en algunos casos, como por ejemplo en el de las obras de Torres Villarroel, a la fórmula de la suscripción, y, por lo que toca a las obras de teatro, a una estrategia que bien puede llamarse una estrategia de la miseria: la impresión masiva de comedias sueltas, que exigía poco papel, pocas jornadas (tres o cuatro bastarían), y por lo tanto pocos caudales. Para el lector esta solución era ventajosa, ya que una « suelta » hasta fines del siglo XVIII y aun mucho después costaba dos reales cuando más, importando por consiguiente una docena veinticuatro reales, la cual, si lograba el aficionado reunir las obras que le interesaban, podía para mejor conservación encuadernarse por real y medio, constituyendo así una colección facticia.

Así ocurrió también con las comedias de Lope, de Tirso, de Moreto. De las del Fénix decía Antonio Sancha en los años de 1780 al erudito dinamarqués Moldenhawer: « No hay ninguna

edición íntegra de las comedias de Lope de Vega; el Duque de Almodóvar, que es coleccionista especial, no las tiene completas »². Pese a la existencia de un público muy interesado, en el que no escaseaban los « coleccionistas » y bibliófilos, ni Sancha, ni Ibarra pusieron en las prensas de sus magníficos talleres las obras dramáticas de Lope ni las de Calderón, tal vez porque estaba el mercado español lleno de « sueltas » de dichos autores o porque otras impresiones de menor costa se consideraban más urgentes.

Las comedias sueltas en la librería española del siglo XVIII

Por ser éste un tema que ya he tratado en un coloquio organizado por la universidad de Pau en 1982³, me limitaré a remitir al texto ya impreso de la ponencia que leí entonces, recordando únicamente las conclusiones a las que había llegado y que son las siguientes:

1. Se vendían las « sueltas » en toda España, en casi todas las librerías e imprentas y, en las ciudades, en « puestos » y « paradas ».

2. Es obvio que algunos impresores, tanto en la capital como en varias ciudades de provincia, estaban especializados en la producción de este género, casi siempre asociado en el breve texto publicitario que incluía muchas veces el pie de imprenta a una determinada familia de obras baratas: historias, entremeses, loas, sainetes, coplas, romances, « todo género de romancería ».

3. El estatuto social de la « sueltas » era evidentemente el de todos los « pliegos sueltos », caracterizado no por la índole del texto o su valor literario, sino por la humilde apariencia de su soporte material (papel, formato, número de páginas) y por su bajo precio. Tanto es así que, en la mayoría de los casos, los impresores de romances y de comedias sueltas acumulaban ambas especialidades.

4. Los catálogos de libreros españoles publicados en el siglo XVIII que hoy se conocen son, las más veces y fundamentalmente,

² Texto citado por A. Rodríguez Moñino en su *Historia de los catálogos de librería españoles (1661-1840)*. *Estudio bibliográfico*, Madrid, 1966, p. 33.

³ *Réflexions sur la comedia suelta au XVIII^e siècle en IV^e Table ronde sur le théâtre espagnol (XVII^e-XVIII^e siècle)*, Pau, Université de Pau et des Pays de l'Odour, Cahier n. 2, pp. 39-61.

catálogos de comedias y otros textos teatrales. Consúltese al respecto la *Historia de los catálogos de librería españoles* (1661-1840) de Antonio Rodríguez Moñino. Los impresos allí descritos que pertenecen al siglo XVII no son en realidad catálogos de libreros. Los más antiguos que pudo conseguir o tan sólo ver don Antonio son del siglo XVIII y fueron publicados por Medel del Castillo y Alonso Padilla. Presenta el primero un rico surtido de 3351 títulos de comedias, más de trescientos autos, y se anuncia al final: «También se hallarán donde este Índice cuatrocientos entremeses diferentes, loas, bailes y sainetes». En los de Alonso Padilla no hay títulos de comedias sueltas, pero se dice que en su tienda se encontrarán comedias y entremeses. De la segunda mitad del XVIII es el catálogo del impresor librero valenciano Agustín Laborda y Campo, casi totalmente dedicado a romances, coplas y seguidillas, relaciones (de comedias), historias, entremeses, papeles de a pliego, estampas, con mención de unos pocos libros al final. Luego, siguiendo el orden cronológico siempre que sea posible, vienen dos catálogos de José Matías Escrivano, publicados en 1768 y 1778. Bien manifiestan sus títulos qué clases de impresos despachaba principalmente ese librero madrileño que tenía tienda abierta en la calle de Atocha: *Índice de los títulos de comedias, que se han escrito por varios autores, antiguos y modernos [...]*, *índice de las comedias, tragedias, autos y entremeses [...]*. Los catálogos de Sancha, de Ibarra y de la Real Compañía de impresores, sí son verdaderos catálogos de libros, así como los de la Imprenta Real, que aparecen a fines de siglo, y los dos del impresor Plácido Barco López, que no llevan fecha pero son de los últimos años de la centuria. En cambio el de Francisco González (Madrid, hacia 1790), que no he podido ver, pero que, según Cotarelo, tiene unos 1200 títulos de obras del siglo XVII (fundamentalmente comedias) y los de Manuel Losada y Quiroga (Madrid, hacia 1790) y de Francisco de Tózar (Salamanca, fines del XVIII) son casi exclusivamente listas de obras de teatro. No cabe duda, pues, que los catálogos de libreros españoles hasta finales de la centuria y aun después fueron en su mayoría meros índices de textos de teatro: comedias, entremeses, etc.

Los que han aparecido después de la publicación del imprescin-

dible repertorio de Antonio Rodríguez Moñino y han llegado a mi noticia son pocos. Ha localizado Jaime Moll uno, madrileño, de los herederos de Gabriel de León, y otro del impresor sevillano José Padrino. Durante mis recientes investigaciones sobre la librería madrileña he dado con uno, publicado por Antonio Sanz en 1751, y con un muy copioso *Indice de comedias* de 1782, publicado por el dueño o gerente de una Lonja de comedias que, en el XVIII y a principios del XIX, existía en la calle de Carretas, esquina a la Puerta del Sol. Pues bien, de los cuatro catálogos no vistos por Antonio Rodríguez Moñino, los de José Padrino, Antonio Sanz y el último, de Juan Romualdo Rodríguez apenas anuncian otros textos que comedias, entremeses, relaciones, loas, sainetes, etc.

Que una parte de las obras teatrales del siglo XVII pasó en fecha temprana al pliego suelto es un hecho que ya señalaron Joseph E. Gillet, E. M. Wilson y, desde luego, Antonio Rodríguez Moñino, quien opinaba que: « La época en que comienzan a publicarse estas relaciones o pasillos de comedias es relativamente tardía: la de la gran fama de Lope y Calderón »⁴. Ahora bien, sólo consideraba ese gran maestro una categoría de textos breves, y no es de extrañar que la época que señalaba, aunque le pareciera tardía, sea para mí más bien temprana. Naturalmente tuvo que abordar el tema María Cruz de Enterría en su conocido estudio *Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*, Madrid, 1973. Pero se limitó la autora de este utilísimo trabajo a considerar las « relaciones de teatro » y los textos breves: jácaras, loas, bailes, autos, entremeses. En mi ponencia sobre la comedia suelta y en otro trabajo posterior, ya expuse los motivos por los cuales no me era posible aceptar los criterios cuantitativos (concretamente: el número de pliegos o páginas) que según María Cruz de Enterría permitían definir el pliego suelto, ateniéndome yo a las características más ampliamente determinadas y, a mi ver, más pertinentes, que asignaba Antonio Rodríguez Moñino al pliego suelto: « Por *pliego suelto* entendemos, en general, un cuaderno de pocas hojas [...] Su extensión varía según la de la obra que contienen

⁴ A. Rodríguez Moñino, *Los pliegos poéticos de la colección del Marqués de Morbecq (Siglo XVI)*, Madrid, 1962, pp. 10-11, nota I.

y así, aunque en un principio sirvió como norma atenerse a lo que era en verdad un pliego, es decir, una hoja de papel en su tamaño normal doblada dos veces para obtener ocho páginas, poco a poco, se ha ido ensanchando el concepto y se considera como pliego suelto el cuaderno de hasta treinta y dos planas y aún más »⁵.

Según esto, una comedia suelta es un pliego suelto, como una « historia », que puede tener un número de planas superior, como los textos más breves de las loas, autos, entremeses, etc. Por lo menos ésta es la opinión que vengo propugnando desde hace unos años.

El mundo variopinto de los editores de obras de teatro

Como he dicho, hubo a partir del último tercio del siglo XVII (y tal vez antes), durante todo el XVIII y todavía a principios del XIX, impresores especializados en la producción de pliegos sueltos, fuesen en verso o en prosa, de textos breves o bastante extensos (comedias, historias). La facilidad que había en sufragar los gastos de impresión, el buen y rápido despacho que solían tener, permitió que la mayoría de los talleres españoles pudiesen subsistir. Pero sería un error opinar que sólo los tipógrafos más modestos se dedicaban a este tipo de producción.

En Madrid, Francisco Sanz, que desde el siglo XVII ostentaba el título de Impresor del rey, fue edificando su fortuna sobre la edición de pliegos sueltos, y su sobrino Antonio Sanz, que vivió hasta el año 1791, llegó a ser uno de los libreros más ricos de España. A pesar de esto, el catálogo suyo que se encuentra en un expediente del Archivo Histórico Nacional de Madrid sólo tiene diez y seis páginas y no pasa de ser, como reza su título un *Sur-timiento de comedias, autos del nacimiento, entremeses, historias* y muy poco más⁶. El otro catálogo que encontré, en la Biblioteca Nacional de Madrid, significativamente intitulado *Indice de comedias, entremeses, relaciones, loas, etc.*, (Madrid, 1782), consta de ochenta páginas y anuncia más de setecientas comedias, a las que deben añadirse los textos breves de teatro. Para cada obra se indica el número de ejemplares disponibles en la Lonja. A veces las existencias señaladas pasan de cien ejemplares, lo cual da

⁵ *Ibid.*, pp. 31-32.

⁶ Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos, leg. 5529, n. 10

alguna idea de la importancia de esa tienda situada como las mejores de Madrid en el corazón de la ciudad. Muchos millares de textos de teatro, indudablemente, se despacharon en esa Lonja de comedias que, durante la primera mitad del siglo, tuvo por gerente a Teresa Guzmán, editora de comedias de Tirso de Molina y otras muchas obras del Siglo de oro. Algunos documentos encontré en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid relativos a esa mujer. El más sorprendente es un acta por el que reclama varios centenares de comedias sueltas que no le entregó un impresor desaprensivo de Zaragoza. No pudo firmar Teresa Guzmán el documento porque la librera, editora de tantos textos famosos de los mejores ingenios de España, era totalmente analfabeta...

Otros impresores lograron enriquecerse con la producción que consideramos, como ya lo habían hecho Francisco Sanz y su sobrino Antonio, por ejemplo los Orga, en Valencia, y, en Barcelona, Carlos Gibert y Tutó, por lo menos durante los últimos decenios del siglo XVIII. Es posible, además, que el desarrollo editorial de la ciudad condal, ya visible en esa época, haya estridido en gran parte en la impresión de obras de teatro.

Otro itinerario del entremés

Estos últimos años hemos visto aparecer varias importantes contribuciones al estudio del teatro breve de los siglos XVI y XVII. En 1983 publicó el C.S.I.C. las actas de un coloquio de la Casa de Velázquez de Madrid bajo el título: *El Teatro menor en España a partir del siglo XVI*. Más recientemente aún, hace pocos meses, ha editado Javier Huerta Calvo una antología de *Teatro breve de los siglos XVI y XVII* (Madrid, Taurus, 1985). Además disponemos de una edición de *Entremeses, jácaras y mojigangas* de Calderón que nos han proporcionado Evangelina Rodríguez y Antonio Tordera (Madrid, 1983). Por fin, los trabajos de Agustín de la Granja sobre los entremeses de Calderón vienen revelando la existencia de no pocas obritas totalmente desconocidas del insigne dramaturgo. Puede afirmarse que desde los tiempos de Cotarelo nunca se había manifestado tanto interés por el teatro breve del Siglo de oro. Sin embargo, nadie ha emprendido la dificultosa tarea de estudiar con sólidos fundamentos bibliográficos la fortuna editorial del entremés, del siglo XVII al XIX. Se puede esperar mucho del « Catálogo colectivo del patrimonio bibliográ-

fico español » que, por lo que toca al siglo XVII, está elaborándose actualmente, pero sería necesario para que esta gran empresa se llevara a cabo con los mejores resultados, que los fondos de pliegos sueltos de la Biblioteca Nacional de Madrid y los que se conservan en otras ciudades se catalogasen cuidadosamente. Hasta hoy se ha considerado que esas colecciones de pliegos sueltos eran algo marginal, y se ha atendido casi exclusivamente al libro. Pero en la historia de la tipografía española, por los motivos que apunté al principio, los pliegos sueltos no fueron algo marginal, sino que representaron una producción importantísima y, a mi ver, esencial. Más allá de la elaboración de buenas bibliografías, debemos encararnos, en efecto, con un campo de investigación que es de la sociología de la cultura. Al respecto todo indica que constituye la gran familia de los pliegos sueltos una documentación del más relevante interés, y aun insustituible. Sin estudiar estos millares de impresos, es imposible delinear los contornos que tuvo durante siglos lo que llamamos la cultura popular.

Volviendo al tema de este simposio, y para terminar esta somera exposición, escogeré entre los géneros teatrales que, según los catálogos de impresores y de libreros, parecen haber tenido muy amplia difusión en la España de la segunda mitad del siglo XVIII, uno de los que atestiguan la más interesante pervivencia: el entremés, impreso que por su precio baratísimo estaba al alcance de cuantos supiesen leer. Apenas hay listas de comedias que no vengan acompañadas de un surtido más o menos copioso de entremeses y otras obras de teatro breve. Reproduzco en apéndice cuatro listas que pueden interesar a los especialistas del teatro de los siglos XVII y XVIII. Los numerosos títulos de los que doy noticia, respetando la grafía original, permiten formular varias hipótesis.

Obsérvese primero que, si no es difícil reconocer títulos de obras compuestas por dramaturgos del Siglo de oro, sería arriesgado atribuir esos textos a tal o cual autor sin examinarlos previamente, cotejándolos con los que se imprimieron en la centuria anterior. Sabido es, en efecto, que un mismo título se dio en varios casos a dos o tres obras distintas y que, por otra parte, el título de un mismo texto puede variar. Con la mayor prudencia, pues, hay que decir que pueden ser de Quiñones de Benavente: *Los*

alcaldes encontrados, Los cuatro galanes, El gori-gori, La Olalla, Patas de vaca, Los sacristanes burlados; de Cáncer: *La boda de Juan Rana, Candil y Garabato, El francés, Pelicano y ratón, Yo lo ví, El sordo* (?); de Calderón: *Las carnestolendas, El dragoncillo, La franchota*; de Matos Fragoso: *El asaeteado, Don Terencio* (?); de Moreto: *La campanilla, El cortacaras, Los muertos vivos, La reliquia, Los sacristanes burlados*; de Avellaneda: *La boda de Juan Rana* (si no es de Cáncer), *El niño de la Rollona* (de muy dudosa atribución); de León Marchante: *El alcalde de Mairena, Los pajes golosos*; de Rodríguez de Villaviciosa: *Zancajo y Chinela, El casado por fuerza*. Otros títulos, con indicación de autor o sin ella, se encuentran en las colecciones de entremeses y otras piezas que vinieron publicándose en España desde 1640 y aparecen en los catálogos que manejo, por ejemplo *La renegada de Vallecas, El cuero, El fariseo, Los buñuelos, El mochuelo, (El hijo del zapatero y estudiante salmanquino), La tranca, Las locas caseras, Los coches de Sevilla, Los capones, El astrólogo, El maestro de niños, La guitarra, El amigo verdadero, El sacristán hechicero, Pandurico, (El de) que se pasa, El paloteado, Los enharinados, La cortesía*, etc.

Ahora bien, quedan todavía no pocos títulos en los catálogos de la segunda mitad del siglo XVIII que no se hallan en ninguna de las colecciones anteriores. Verdad es que nadie, que yo sepa, ha tratado de seguir el itinerario del entremés durante el largo período que va desde principios del XVIII hasta el triunfo de Ramón de la Cruz. Si se conocen varias obras de esta categoría compuestas por Antonio de Zamora, que figuran en las listas que reproduzco (*Los apodos, Las conclusiones, Los gurruminos, Las gurruminas*), como también algunas producciones de Francisco de Castro, que vivió hasta 1713, y es probablemente el autor de *El castigo de un celoso, El pésame de Medrano, El vejete enamorado, Francisco, ¿qué tienes?, La casa de posadas, La fantasma, La noche buena, Los barberos de la Puerta del sol, Le burla del sombrero*, creo que nadie se ha interesado por otros entremesistas, hombres ya totalmente del siglo XVIII, como Julián de Castro, fenecido en 1763, del que figuran en mis listas varias obras: *El informe sin forma, El derecho de los tuertos, Los indianos de bilo negro*.

Cuando haya publicado Francisco Aguilar Piñal el último volumen de su monumental *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, tendremos muchas más noticias de esta producción tardía que perdura hasta el triunfo del sainete moderno en los teatros.

Terminaré con dos observaciones: la fortuna editorial del entremés, antiguo o tardío, se prolonga hasta después de su total desaparición de los escenarios en 1780; hasta los primeros decenios del XIX siguieron los libreros anunciando separadamente los entremeses y los sainetes, aunque las dos palabras, desde mediados del XVII, se usaron muchas veces como si fuesen totalmente sinónimas.

Conclusión

Con estos rápidos apuntes sobre la pervivencia del entremés, he hecho poco más que asomarme a un tema. Sin bibliografías sistemáticas que abarquen no sólo los siglos XVI y XVII sino también el XVIII y XIX; no sólo las colecciones hoy día bien conocidas sino también las numerosísimas ediciones en pliegos sueltos que pueden haberlas precedido y, a todas luces, siguieron multiplicándose después durante tantos decenios, no será fácil estudiar con buenas bases la tan problemática cultura popular. Cuando afirmé que la comedia suelta, de atenerse estrictamente a los criterios de bibliografía material que ya había definido Antonio Rodríguez Moñino, formaba parte de la gran familia del pliego suelto y que, por su precio, estuvo durante siglos al alcance del pueblo, no se me escapaba que los individuos apenas capacitados para leer o descifrar trabajosamente, poco o nada podían asimilar de la retórica culta de tantos coloquios teatrales, que sólo la acción pudo haber sido seguida por esos hipotéticos lectores populares. En cambio, no cabe duda que para ellos era muchísimo más fácil la lectura de un entremés, por la brevedad de la obra, por el estilo familiar y jocoso, por integrar además este tipo de obras, no siempre pero con frecuencia, dichos, situaciones, personajes relacionados con la tradición popular, es decir oral. « Del fondo folklórico, recordaba recientemente J. Huerta Calvo, extrae el entremés sus temas y motivos más reiterados (toda clase de burlas, robos, pendencias, engaño a los ojos, timos, etc.) Dada la relación fehaciente del entremés con el cuento (a base de

temas tratados en forma paralela, ya desde Rueda y Timoneda) que ha señalado en varios trabajos M. Chevalier (...) sería interesante ofrecer un índice de motivos folklóricos del teatro entremesil, a la manera de Stith Thompson »⁷.

Ha querido mi suerte que yo tuviera por colega, amigo y cómplice en mi universidad al mejor especialista de estas cuestiones, Maxime Chevalier. De nuestra colaboración es posible que nazca algún día un trabajo sobre la cultura popular española, en que el estudio de la tradición oral y el del pliego suelto se complementen, aclarándose mutuamente y dejando vislumbrar soterradas confluencias.

⁷ J. Huerta Calvo, *Los géneros teatrales menores en el Siglo de oro: status y prospectiva de la investigación*, en *El Teatro menor en España a partir del siglo XVI*, Madrid, 1983, p. 41.

SURTIMIENTO DE COMEDIAS,/ que hay en casa de Antonio Sanz, Impresor en/ Madrid en la calle de la Paz, en este presente/ año de 1751. ENTREMESSES (pp. 14-15)

El de los Alcaldes encontrados	El del Jugador de Manos
El Alcalde Pedro Cucho	El de la Ladrona
El del Alcalde por fuerza	El de los Linajudos
El de los Apodos	El del Mochuelo
El del Casado de por fuerza	El de los Pages Golosos
El de Candil, y Garavato	El de la Petimetra
El del Cebadal	El del Pleyto del Borrico
El de las Conclusiones	El de los Quatro Galanes
El de la Condesa Fregatriz	El de los Sacristanes burlados
El del Critico Necio	El de la Tranca
El del Guero	El del Trullo
El de los Dones	El del Zancajo, y Chinela
El del Fariseo	El del Zapatero Sordo
El del Informe sin forma	El del Zapatero Don Terencio Catalana

MEMORIA/ DE LOS ROMANCES, RELACIONES, HISTORIAS,/ Entremeses, Estampas, libros, y otras menuden-/ cias, que se hallan en Valencia en la Imprenta de/ Agustín Laborda y Campo. (c. 1780).

ENTREMESSES

De la Sombra	Del Trullo
Del Cochino de San Anton	Loa famosa para cualquier Comedia
Del Hambriento	Los Indianos de hilo negro

El Mico
 El Zapatero Sordo
 Francisco, qué gracia tienes
 El Soldadillo
 El de la Morcilla
 El Sordo, y el Letrado y Pleyto
 del Cebadal
 El Pleyto del Borrico
 El Médico Sordo
 El de la Manta
 El Alcade Mayrena
 El Francés
 El Pesame de Medrano
 El de Don Cosme el Toreador
 El de la Casa de Posadas
 El Mochuelo
 El del Gori-Gori
 El Vejete enamorado
 El de la Requisitoria del Borrico
 El de la Guitarra

El de las Cortesias
 El de no avia reparado
 El de los quatro Galanes
 El del Fariseo
 El Sacristan hechizero
 El de los Caldereros
 El enfermo descomido
 El pleyto del Gallego
 El de las sentencias
 Los Alcades enharinados
 El de la Ladrona
 Los Pages golosos
 El de los buñuelos
 El de candil, y garavato
 Los dos Cornudos en uno
 El Capitan Don Samuel
 El de las patas de baca
 El de las Conclusiones
 El de Olalla

INDICE / DE LAS COMEDIAS, / TRAGEDIAS, AUTOS, Y ENTRE-
 MESES, / que se hallan en la Librería de Josef Matias / Escribano, calle
 de Atocha, frente de la / antigua Aduana. Año de 1778.

ENTREMESES (pp. 28-30)

Los Alcaldes Enharinados
 El Alcalde de Mayrena
 El Amigo Verdadero
 La Boda de Juan Rana
 La Burla del Sombrero
 De Candil y Garabato
 El Casado por fuerza
 La Casa de Posadas
 El Castigo de un Zeloso
 Los Cestos y Arnania
 Las Chirimias ó Ladrona
 El Cochino de San Anton
 Los Coches de Sevilla
 Las Conclusiones
 Los Cornudos y Juan de Aprieta
 El Derecho de los Tuertos
 Don Cosme el Toreador
 El Doctor Borrego
 Guardame las Espaldas
 El Informe sin forma
 Los Indianos de hilo negro
 Las Locas Caseras
 Lo que puede la Aprension
 El Maestro de Niños
 El Medico Sordo y Vecino Gangoso
 El Mesonero Encantado

Los Muertos Vivos
 El Novio y Sueño del Carnero
 De Olalla y el Lanzon
 Los Pages Golosos
 El Pelicano y Raton
 El Pesame de Medrano
 De Perico y Marina
 El Pleyto del Borrico
 Los Quatro Galanes
 La Renegada de Ballecas
 El Sacristan Niño
 El Sacristan Hechizero
 El Sacristan Chinchilla
 El Sacristan Encantado
 Los Sacristanes burlados
 El Sordo y el Letrado
 El Tribunal con Uñas
 Los Vicios Patentes
 De Zancajo y Chinela
 Del Zapatero y Don Terencio
 El Zapatero Sordo
 El Asaeteado
 Los Buñuelos
 Los Caldereros
 La Campanilla
 Los Capones

La Cazuela
 El Cebadal
 El Cuero
 De que se pasa
 Los Dones
 El Dragoncillo
 (Aquí un título ilegible en mi
 ejemplar)
 El Espejo
 El Fariseo
 El Gato
 La Guitarra
 Las Gurruminas
 El Hambriento
 El Hombre Solo

La Manta
 Los Matachines
 El Melonar
 El Mico
 El Mochuelo
 El Molinero
 El Paloteado
 Del Porfiado
 La Reliquia
 El Soldadillo
 La Sombra
 Las Tajadas
 La Tranca
 El Trullo

INDICE / DE COMEDIAS, / ENTREMESSES, / RELACIONES, LOAS,
 / NOVELAS, BAYLES, / PAPELES COMICOS, / Y TONADILLAS, /
 QUE SE HALLAN EN LA LONJA / de Comedias de Juan Romualdo
 Rodri- / guez, en la calle de las Carretas, (Madrid, 1782).
 Entremeses que se hallan en este surtido, que son los siguientes.

Numero 1

El Amigo verdadero
 Candil, y Garabato
 El de la Morcilla
 Los Pages Golosos
 Los Indianos de hilo negro
 El del zebadal
 El de las Cortesías
 El Sacristan Chinchilla
 Los Coches de Sevilla
 El del Trullo
 El de la Torda
 El de la Fantasma
 El de los Linajudos
 El del Jarro
 El del Sacristan hechicero

Numero 2

El Informe sin forma
 El del Espejo
 El del Zapatero sordo
 El del Astrologo
 El del Alcalde por fuerza
 El del Fariseo
 El de Juan de Aprieta
 El de la Tranca
 La Renegada de Ballecas
 El casamiento Acertado
 El Capitan D. Samuel
 El de la Cazuela
 El de las Tajadas

Numero 3

El de Francisco, y qué gracia que
 tienes
 Los Barberos de la Puerta del Sol
 Lo que puede la aprehension
 El de Juan Rana
 El Bobo casado
 El de no habia reparado
 El del Dragoncillo
 El del Francés
 El del Vejete
 El del Soldadillo
 El del Loro
 El Mesonero encantado
 El del Batan
 El del los Capones
 El de la Franchota
 El Alcalde Pedro Cucho
 El Zapatero D. Terencio
 Los vicios patentes
 El Pleyto del Borrigo

Numero 4

El del Mochuelo
 El Pesame de Medrano
 El de la porfiada sangria
 El Tribunal con uñas
 El del Arca
 D. Cosme el Toreador
 El Sacristan Cojete
 El Alcade Mayrena

El de Poyatos, y Panduricos
El del Poeta
El Derecho de los Tuertos
El del Mico
El del Castigo de un Zeloso
El de Olalla
Numero 5
Los quatro Galanes
El del Cuero
El de la Ladrona
El de la Hidalguia
El Vizcaino en Madrid
El de yo lo ví
El de los Gurruminos
El de las Gurruminas
El Casado por fuerza
El de la Casa de Posadas
Muger loca, y marido cuerdo
El de los enharinados
Zancajo, y Chinela
El de Pelicano, y Raton
La Requisitoria del Borrico
Numero 6
El Cochino de San Anton
El Alcade Villano hablando al Rey

El de las Conclusiones
El de la Reliquia
El de Gori gori
El Hijo del Zapatero Salamanquino
El de los Muertos vivos
El de Perico, y Marica
El del Molinero
El de Corta caras
El de la Noche buena
El de los Ciegos apaleados
El Sacristan Niño
El de los Dones
El de la Campanilla
El Niño de la Rollona
El de la Guitarra
El Medico sordo, y vecino gangoso
El de los Cestos, y Arnunía
El del Grillo, y Leon
El del Paloteado
El del Melonar
El de las Carnestolendas
El de la Manta
El del Enfermo, y junta de
Medicos
El de la Sombra